

Una vez más sobre las tareas en la construcción del ejército

León Trotsky
20 de febrero de 1923

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Once More on the Tasks in Building the Army”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume V: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración. Trotsky Internet Archive (descargado el 1 de abril de 2024). *Pravda*, 20 de febrero de 1923, número 38.)

Uno de nuestros trabajadores de la prensa, preocupado por los intereses del ejército (el Ejército Rojo encuentra casi exclusivamente amigos en los periódicos y en el país, ya que, gracias al destino, se ha deshecho de sus enemigos), me preguntó el otro día: “¿No podría ofrecernos una breve fórmula que, en cierto sentido, abarcara todas las tareas del Ejército Rojo en el período inmediatamente venidero?”. Para explicar su idea, este camarada citó algunas de las consignas de los años pasados: “Abajo el guerrillerismo”, “¡Proletarios, a caballo!”, etcétera.

Sé cuán convenientes son esas fórmulas concisas para los periódicos, y no sólo para ellos. Sin embargo, esta vez me veo obligado a renunciar a ofrecer tal fórmula, porque no se correspondería con la etapa por la que atraviesa el ejército. El tiempo de las consignas sumarias, simples y concisas para el Ejército Rojo ya ha pasado; y todavía no ha llegado. A través de sucesivos experimentos, improvisaciones, acodaduras y reconstrucciones, nuestro ejército se fue completando, en bruto. Hoy estamos pasando por un período de perfeccionamiento, de hacerlo todo más preciso, por una fase de detalles y nimiedades, de pequeñas cosas. La tarea de construcción no se centra ahora en un único punto, sino que se fragmenta en particularidades. En esto consiste, si se quiere, la “fórmula” general del período actual.

Hace poco hablé de la necesidad de poner a nuestro ejército de 600.000 hombres al nivel de los cuadros, en lo que se refiere a su cualificación¹. Esto presupone, sobre todo, un cambio decisivo en la forma en que el ejército, y cada uno de sus miembros, es evaluado por las instituciones del estado y por toda la población del país. En los años pasados hicimos un amplio uso del ejército como fuerza de trabajo, tanto para las necesidades del propio ejército como para las de las ciudades y los pueblos. Así, en 1920, todo un ejército en los Urales taló y aserró madera, extrajo carbón y aró la tierra. Esto ocurrió en un momento en que nuestras importantes fuerzas armadas en el este habían quedado liberadas de la actividad militar directa, pero, sin embargo, no podíamos desarmarlas teniendo en cuenta la perspectiva de nuevas complicaciones militares en un futuro próximo. En aquel momento desenrollamos el “ovillo” militar para convertirlo en una “madeja” laboral. Pero cuando estalló la tormenta en occidente, volvimos a enrollar apresuradamente a los leñadores y aserradores de los Urales en un ovillo militar. Sin embargo, además de tales transformaciones periódicas, con un ejército de varios millones de soldados y con un débil aparato civil del estado, las fuerzas armadas se utilizaban muy ampliamente para tareas de guardia y patrulla, para requisas y para el servicio de acarreo. Hoy la situación ha cambiado radicalmente en este sentido. Se ha retenido directamente en el ejército a un número mínimo de ciudadanos, y se les retiene sólo para que adquieran una formación militar lo más completa posible. En las condiciones actuales, no tendría sentido transformar el ejército en fuerza de trabajo: significaría obtener, por regla general,

¹ Ver “[Antes del segundo quinquenio del Ejército Rojo](#)”, en esta misma serie de nuestras EIS.

en lugar de un buen soldado, un trabajador poco productivo y muy caro. No se trata de que el ejército sirva a la población, en el sentido de aportar mano de obra, sino, al contrario, de que la población sirva al ejército, en todos los sentidos. Esto es más ventajoso, en primer lugar, para la propia población. Porque, si nos vemos obligados a retirar del trabajo a más de medio millón de trabajadores y campesinos, entonces es necesario, por lo menos, que durante su servicio, es decir, en el menor tiempo posible, se conviertan en soldados irreprochables. Para ello es necesario que un soldado del Ejército Rojo sea retirado de las filas de los que están en formación con la menor frecuencia posible. ¡El menor número posible de guardias! Tan pocas misiones, destacamentos y permisos como sea posible. No debe haber ausencias, ¡todos deben estar presentes! Si un miembro del Ejército Rojo realiza un trabajo que podría y debería ser realizado por un trabajador “civil”, si un miembro del Ejército Rojo ocupa un puesto que podría ser ocupado por un vigilante armado, eso es un crimen contra el ejército y el país. El soldado del Ejército Rojo ha sido enviado al ejército precisamente para dominar el oficio de soldado sin perder ni un solo día, ni una sola hora. Sólo si, tanto el Ejército Rojo como el país, comprenden este punto, será posible elevar el nivel de cualificación del ejército a una altura hasta ahora desconocida.

Llevar el ejército permanente a la condición de cuadro presupone que pasemos al *sistema de milicias*. Hemos tomado firmemente este camino. Ahora estamos llevando a cabo nuestro primer experimento a gran escala en la construcción de unidades de milicias en diversas partes del país... algunas de composición predominantemente obrera, otras puramente campesina. Este es un nuevo capítulo muy importante en nuestro trabajo constructivo. A medida que se desarrolle en los próximos años, este experimento puede regenerar completamente la estructura del ejército. Y, si bien hasta ahora hemos hablado de la estrecha vinculación entre el ejército y la población, hoy esta fórmula ya resulta insuficiente: en las divisiones de milicias el ejército se funde directamente con la población. Mientras que el mecenazgo, que se ha desarrollado tan rápidamente, significa la tutela fraternal sobre las unidades del ejército por parte de los sóviets, los sindicatos, etc., las divisiones de milicias exigen de sus patronos ya no sólo una atención amistosa manifestada de vez en cuando, sino la participación diaria en la construcción y educación de las unidades del ejército. Esto abre perspectivas de un democratismo en los asuntos del estado y del ejército (un democratismo obrero y campesino real, profundamente arraigado y armado con fusil y sable) que los lacayos “democráticos” del capital ni siquiera se atreven a soñar.

Poner las fuerzas armadas sobre la base de la milicia significa, al mismo tiempo, dispersarlas. Desde el punto de vista de la defensa del país, esto presupone que existan medios de transporte capaces de trasladar a los millones de movilizados con la suficiente rapidez a dondequiera que se les necesite, y también reservas de las que estos millones puedan armarse, calzarse, vestirse y alimentarse. La capacidad de defensa del país se está forjando ahora en las fábricas de la industria estatal. No se trata sólo de las fábricas que fabrican directamente fusiles o botas para soldados. No, es de la industria en su conjunto, y, en primer lugar, de las industrias de combustibles y metalúrgicas, de la que depende garantizar la seguridad del país. La industria bélica no es más que un órgano de todo el organismo industrial. Lo mismo ocurre con los transportes. Cada pood de carbón, cada pood de metal aumenta la fuerza del Ejército Rojo. Aquí los problemas fundamentales de la defensa del país se funden completamente con los problemas de la reactivación y el desarrollo de la industria soviética.

Esto se aplica, en cierto sentido, también al trabajo *cultural y educativo*. Cuantos más conocimientos y técnicas domine la juventud obrera y campesina en la escuela, cuanta más preparación previa a la llamada a filas reciba, cuanto más profundamente

logren penetrar en su mente y en su corazón la Liga de las Juventudes Comunistas, los sindicatos y el partido, mejor dominará el joven del Ejército Rojo, en los cuarteles rojos, el aspecto técnico y mental del oficio de soldado.

Reconocer los vínculos internos entre los asuntos militares y otros campos del trabajo constructivo y creativo no significa en absoluto, por supuesto, que vayamos a responsabilizar del estado del ejército y de su crecimiento a la economía y al sistema educativo. No, hay que trabajar en las condiciones actuales, con el máximo esfuerzo y para lograr el máximo éxito. El ejército, después de todo, no es sólo un producto del trabajo económico y cultural-educativo, es un instrumento de este trabajo, y uno extremadamente importante. Enseñar al ejército a ser preciso, ahorrativo, responsable, eficiente, concienzudo en la atención a los detalles, significa prestar inestimables servicios educativos en la actividad económica del país y ayudar a promover la elevación de su nivel cultural general. Y eso es lo que haremos, día tras día, durante los próximos cinco años, con convicción y vigor.

El tiempo de las fórmulas concisas ya ha pasado, y aún no ha llegado. Con esto queremos decir que el futuro no consistirá siempre en pequeños trabajos y detalles minuciosos. De lo contrario, tendríamos que concluir que el ejército es un fin en sí mismo y que sólo existe para la mejora interna de las unidades que lo componen. No, no es así. Un ejército existe para hacer la guerra, y nosotros, revolucionarios, lo que menos podemos hacer es adherirnos a esa vieja escuela prusiana de pensamiento que consideraba que lo que más perjudica a un ejército es la guerra.

Hemos construido una fuerza armada y la estamos desarrollando conscientes de que las guerras son profundamente inevitables mientras exista la sociedad de clases. La actual época de equilibrio inestable nos enseña que el intervalo entre dos conflictos armados está demostrando ser, en términos generales, más corto de lo que hubiéramos preferido esperar. La próxima guerra que nos impongan (que no pueden dejar de imponernos) traerá consigo fórmulas generalizadas y consignas concisas, porque pondrá al orden del día grandes tareas. Mientras que, en general, la guerra es la continuación de la política, para nosotros la guerra es la continuación de la revolución, pero totalmente armada con una organización y una técnica como ninguna revolución ha tenido antes.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es